

colección rúbrica



GONZALO ARJONA



CIELOS DE CARBÓN II  
LOS LÍMITES DEL ABISMO

esstudio  
ediciones

## Capítulo 1

El cielo en Beirut es diferente, es otro cielo. Cuando el sol inicia su ascenso por el este, los tonos fucsia van empastando el horizonte ganándole terreno al azul oscuro. Poco a poco la línea del infinito toma vida precisando los matices en un lienzo de una limpieza eterna.

El barrio del Hadath aún se desperezaba cuando una mujer, vestida con un niqab negro, bajó por la calle Salim Boustani con pasos rápidos. Al llegar a la altura del número veinticinco le cortaron el paso dos hombres armados con fusiles Kalashnikov; habían sido avisados de la presencia de la mujer cuando esta pasó al lado de un vehículo de vigilancia de la marca Mercedes, un modelo antiguo y ajado que estaba aparcado en la esquina con dos hombres en su interior. La mujer se detuvo ante aquellos tipos que la miraban de arriba abajo. Sus ojos negros acariciaron el suelo mientras los hombres le preguntaban hacia dónde se dirigía. Ella les respondió con prudencia, sin levantar la mirada, que iba a atender a su suegra enferma. En ese mismo instante, desde lo más alto del minarete de la mezquita, el muecín rompió con su canto a la oración el silencio del amanecer. Uno de los hombres le indicó, con un gesto de la cabeza, que siguiera

su camino. Ella obedeció, cruzó hacia la otra acera y dobló la esquina, desapareciendo así de la vista de los hombres armados; estos se giraron hacia donde estaba aparcado el Mercedes e hicieron una señal con el pulgar en alto indicándole a sus ocupantes que todo estaba correcto.

En el último piso del edificio que vigilaban aquellos hombres, y en cuyos muros aún se veían las cicatrices de una guerra fratricida, un hombre se levantó de la cama. Solo llevaba puesto un pantalón de pijama de rayas azules y blancas atado a la cintura con una cinta anudada. Se desperezó mientras admiraba sonriente la figura de una mujer desnuda que dormía boca abajo sobre el colchón. Una cascada de cabello negro derramada sobre la almohada le ocultaba el rostro. El hombre salió de la habitación y se introdujo en el baño, se lavó las manos y la cara, después se acercó a la cocina, sacó del frigorífico una botella de agua fría y bebió con ansia. Rellenó con agua el tanque de una cafetera eléctrica, cargó el depósito con café y activó el interruptor, que se iluminó con una débil luz anaranjada.

La mujer salió de la habitación hacia el baño y se miró al espejo. Era bella. El pelo negro le caía sobre los hombros hasta la altura de los pezones de unos pechos grandes y tersos. Cuando volvió al salón se encontró con el hombre. Al cruzarse él la tomó del brazo, la giró y la besó con suavidad. Ella le empujó hacia la pared y le besó

el cuello, después descendió con sus labios por el pecho, y le acarició los pezones con la lengua, que seguidamente deslizó hasta el ombligo. Se arrodilló ante él, deshizo el nudo de la cinta que sujetaba el pijama, y este cayó al suelo. La chica sonrió, levantó la cabeza, y sus ojos se encontraron el instante que dura un suspiro. Acercó su mano, cerró los ojos y abrió los labios.

El hombre comenzó a gemir mientras lo acariciaba; ella le miró de nuevo. Le llamó la atención un pequeño punto de luz roja que ascendía lentamente por el estómago del hombre. Hipnotizada, siguió el recorrido de aquella extraña luz con la mirada. El punto luminoso se demoró un instante a la altura del esternón para seguir subiendo por el centro del pecho; llegó a la garganta, la barbilla y la nariz, hasta detenerse en la frente, entre los ojos. Y en el mismo instante en que un jadeo ahogado de su amante quebraba el aire, se oyó un ruido de cristales rotos y la cabeza del hombre estalló en pedazos con un sonido seco, llenando la pared de sangre y restos de materia gris.

Instantes después, la mujer vestida de negro salía de un edificio situado en la calle paralela a la que estaba la casa, mientras que los guardias que la custodiaban corrían escaleras arriba en auxilio de la mujer que gritaba desesperada pidiendo ayuda. Aquella figura vestida de negro cruzó la calle apurando el paso hasta una plaza para introducirse en el mercado, confundiéndose entre el gentío que rodeaba los puestos de fruta y verdura.

Raúl Rodrigues traspasó la puerta de la embajada para subir a la cuarta planta, donde estaba su despacho. Oficialmente, era el agregado cultural de la Embajada de los Estados Unidos en Líbano desde hacía tres semanas; en realidad, pertenecía a la CIA.

Tras tomar asiento sonó el teléfono móvil, al ver en la pantalla las palabras «enter code» tuvo la certeza de que era lo que estaba esperando: la llamada encriptada de uno de sus agentes de campo. Tecléo un código numérico y se llevó el auricular al oído. Cuando finalizó la conversación una sonrisa se dibujó en su rostro; la noticia le había hecho feliz: la agente que habían enviado desde Langley había acabado con Alí Mohamed sin despeinarse. Eso era un buen comienzo para la chica, y para él, un chicano metido en la CIA que había tenido que soportar las burlas de sus compañeros y la discriminación racial de sus jefes; un triunfo y una medalla más que colgarse en su abultado ego. Se levantó de su asiento, recogió una pequeña maleta que tenía guardada en un armario del despacho y se dispuso a salir de la oficina camino del aeropuerto. Su misión en Líbano había terminado.

A las 13:30 despegaba del aeropuerto Rafic Hariri de Beirut un avión Jumbo con destino Londres. En la cuarta fila, junto a la ventanilla, estaba sentada Sandra Sánchez,

la directora artística de la revista inglesa de moda Wallpaper. Según figuraba en su pasaporte, era colombiana afincada en Londres. Viajaba de vuelta a casa después de haber localizado unos exteriores sorprendentes, en la costa libanesa, para la colección de fotos del catálogo de ropa de baño de la próxima temporada.

## Capítulo 2

Sergio tenía diez años y caminaba delante, atravesando el jardín camino de la casa. Carlos lo hacía detrás, y cogida de la mano llevaba a Marta, que con tres años no paraba de hablar y preguntarle si se iba a quedar a cenar con mamá y con ellos. Él le respondía que no, que tenía que ir a trabajar. Una mentira más hasta que su hija pequeña asumiera que estaban separados; era algo que la pequeña aún no había asimilado.

Al final, la carcoma lo había devorado todo. Su matrimonio se había ido a pique como un barco con un agujero en la línea de flotación. Los cielos de carbón se habían instalado sobre sus cabezas y la sombra negra lo había devorado todo. París había sido el punto de inflexión que había determinado su caída; desde entonces nunca había vuelto a ser el mismo. Los episodios de amargura que sentía y que le obligaban a buscar el arrullo de la soledad le habían hecho distanciarse cada vez más de Susana. El nacimiento de Marta había sido un intento vano por salvar lo insalvable; había supuesto una época feliz que había durado lo que dura un suspiro en la inmensidad del tiempo.

Susana abrió la puerta antes de que llegaran. Iba vestida con una falda corta y ajustada que revelaba la esbeltez de sus piernas. Le saludó con una sonrisa, se agachó para besar a Sergio y cogió en brazos a Marta; les preguntó si lo habían pasado bien con papá y tomó la bolsa con la ropa del fin de semana que Carlos le entregó. Estaba muy guapa, se había cortado el pelo y ahora, una media melena rubia se agitaba al aire con los movimientos de su cabeza. Tenía los mismos ojos azules y la misma sonrisa; pero él sabía que no era una sonrisa sino una frontera, una barrera con la que se protegía.

Una vez en el coche golpeó el volante con rabia. Dejar a sus hijos con Susana y marcharse le hacía mucho daño. Comprendía que no podían vivir bajo el mismo techo. Se habían convertido en dos extraños que no tenían en común más que el sudor que compartían cuando follaban, porque eso era lo que hacían, follar, como terapia, como desahogo de una juventud que se iba consumiendo. Ya no hacían el amor, ya no eran cómplices.

Aparcó en el garaje de su apartamento, situado en un edificio construido durante los años sesenta en un Madrid en plena expansión durante la posguerra y que al comienzo del siglo veintiuno reformaron y convirtieron en apartamentos de apenas cuarenta metros cuadrados. Estaba situado en la calle Bravo Murillo, a cincuenta metros de la glorieta de Cuatro Caminos y muy cerca de la universidad donde daba clases de Economía Internacional.



La soledad le susurró al oído cuando atravesó la puerta, se deshizo de la cazadora y se sentó en el salón. Sobre la mesita baja estaba el periódico del domingo aún sin abrir; con los niños en casa era muy difícil tener un rato de paz para leer el periódico, una costumbre que tenía desde que empezó la carrera, porque le gustaba estar informado de lo que sucedía en el mundo. Además, el domingo, el diario contenía un suplemento de economía con las páginas en color sepia que le interesaba leer para estar al día; necesitaba estar actualizado. Abrió el periódico y comenzó a ojear los titulares de las noticias nacionales. Se detuvo para profundizar en la lectura de algunas de ellas y otras las pasó de largo. Al llegar al capítulo de Internacional, su vista se detuvo en una noticia que ocupaba un espacio pequeño. «Fallece asesinado en Beirut el jefe de los servicios de intendencia de Al Qaeda, Alí Mohamed Dharsa».

Cuando terminó de leer el artículo su rostro se había tensado. Con las mandíbulas apretadas y los ojos cerrados revivió los últimos momentos del ataque en el Hotel Lepic de París y su enfrentamiento con Kamal en defensa de Ruth. Cuando se relajó estaba sudando, las manos le temblaban y tenía mucha sed; se dirigió al mueble del salón, abrió una de las cristaleras y acercó la mano hacia la botella de Johnny Walker, pero se detuvo y volvió a cerrar la puerta, se dirigió a la cocina y tomó un vaso de agua. No iba a volver a beber por una

situación de ansia, aún tenía muy presentes los episodios que sufrió con el alcohol en París.

Se sentó de nuevo en el sillón y volvió a leer detenidamente la noticia de la muerte de Alí Mohamed. Era el mismo terrorista que hacía las funciones de enlace entre la cúpula de Al Qaeda y la célula parisina donde militaba Ruth.

El sonido del teléfono móvil le sobresaltó. Miró la pantalla y vio que la llamada se realizaba desde un número oculto. Estuvo a punto de no atenderla, no le gustaban las llamadas anónimas, ya que la mayoría eran campañas publicitarias para la captación de clientes; pero era domingo y los domingos los call center no operaban. Se decidió a contestar.

—Dígame.

—¿Carlos Solorzano?

—Sí, dígame.

—Buenas noches, soy Eduardo Nájera. Le llamo por un asunto que requiere su atención. Desearía hablar con usted en privado, por ejemplo, mañana.

—¿De qué asunto se trata? —preguntó Carlos.

—Lo siento, no se lo puedo decir por teléfono; pero es importante. Si lo desea, podemos vernos en la universidad.

—¿Cómo sabe usted que yo trabajo en la universidad?

—Lo sabemos todo de usted; pero no se alarme, lo sabemos todo de todo el mundo. Dígame, ¿a qué hora le viene bien que nos veamos?